

Desde mis entrañas hay un texto del evangelio de Lucas que gime con dolores de parto: “Iban con él los doce y algunas mujeres” (Lc 8, 1-3). Un texto olvidado por exégesis (¡Qué casualidad!) y el único texto de los evangelios que atestigua la presencia de mujeres en el ministerio galileo de Jesús. En este 8 de Marzo quiero subrayar varias ideas interesantes sobre este breve texto. Este grupo de mujeres no acompañan a Jesús de manera puntual sino que realmente son sus seguidoras; aparecen de manera pública con él en su tarea de anunciar el Reino y son testigos inmediatos de su tarea. Jesús las siente discípulas y se relaciona con ellas como tal. Son mujeres de todo tipo y condición y están en el mismo plano y tienen los mismos derechos que los varones en el grupo de Jesús. Son mujeres sanadas o liberadas, llamadas por Jesús a seguirle.

Desde mi ser mujer, creyente y teóloga esta es la reflexión que nace de mis entrañas y se la dirijo a mi querida Iglesia, reflexión que da a luz las implicaciones que tiene este texto para la comunidad creyente hoy.

Hay mujeres creyentes comprometidas en hacer memoria de tantas mujeres que a lo largo de la historia han sido silenciadas y más dentro de la historia de la Iglesia; comprometidas en tener nuestra palabra, no callar ni permitir que nos silencien; implicadas en trabajar en red dentro de la comunidad creyente y estando presentes también, como cristianas y creyentes, en colectivos de mujeres que trabajan en distintos ámbitos. Hay mujeres creyentes realizando pequeños gestos que rompen el machismo eclesial, que denuncian que, aunque la Iglesia reconozca la igualdad entre varones y mujeres, en la práctica hay subordinación e inferioridad. Hay varones y mujeres creyentes trabajando conjuntamente dentro de la comunidad, que están haciendo verdaderos esfuerzos en la tarea de romper viejas costumbres, acabar con lenguajes desfasados y los “odres viejos”. ¡Estamos dispuestas/os! ¡Somos Iglesia!

Como comunidad creyente, todos/as, debemos potenciar grupos y comunidades con nombre y rostros humanos, que no ahoguen la personalidad y modo de hacer de cada uno, donde las personas se sientan valoradas, importantes y aportando desde su propia experiencia creyente. A la comunidad nos conviene vivir en actitud de servicio dentro y hacia fuera para que nadie se crea más que el otro y se vivan relaciones de igualdad y fraternidad.

Mi “querida” jerarquía eclesial, tienes que dar la palabra a las mujeres ya que a lo largo de los siglos se ha producido una apropiación de ella por la mitad masculina; debes dejar de ver a la mujer como sinónimo de silencio, callada pasividad y obediencia a la palabra pronunciada por otros; debes cambiar estructuras, formatos, mentalidades y dos mil siglos de historia y vida eclesial. Debes ser más abierta: no eres una comunidad de santos y perfectos sino también de pecadores y débiles y desde ahí todos tienen cabida sin discriminación de sexo, raza, condición... ¡Ojala te atrevieras a romper con siglos de tradición como Jesús hizo en su tiempo! Es decir, apostar claramente por pasar de una iglesia de varones, una iglesia patriarcal a una Iglesia de discipulado, que tendría un nuevo rostro, una verdadera Iglesia de hijos e hijas de Dios.

Nosotros las teólogas somos hijas de una lectura sesgada de la Tradición y del Magisterio, sólo hecha por varones, que impone su autoridad sobre la Escritura. Escuchen y visibilicen nuestra teología, una teología que recoge nuestra experiencia de fe y de otras mujeres, que formando parte de la comunidad creyente, fueron excluidas desde el principio de la Palabra y del Magisterio. ¡Alto y claro! Estamos dispuestas a estar donde nadie nos quiere y donde nadie nos espera. No sólo es importante desde dónde se hace la teología sino quién hace teología. Hace falta Teología de mujeres hecha por mujeres y hacen falta mujeres en la reflexión y estudio teológico. ¿Sabes? Muchas mujeres hoy en la Iglesia buscan definirse a sí mismas y expresan su experiencia y sus expectativas haciendo uso de su palabra e interpretando la Palabra en clave de mujer. Hay necesidad de crear espacios de reflexión teológica y de lectura creyente de la vida desde la mujer, hay necesidad de encuentro con otras mujeres de Iglesia y de otras Iglesias.

“Iban con él los doce y algunas mujeres” y hoy también hay mujeres y varones a la par, caminando con Jesús, que creemos que si la levadura es capaz de levantar la masa y el grano de mostaza es capaz de convertirse en arbusto donde anidan los pájaros, pequeños gestos hechos por todos pueden hacer levantar y hacer germinar una Iglesia, comunidad creyente de varones y mujeres, seguidores/as de Jesús, caminando en un plano de igualdad y complementariedad de Galilea a Jerusalén.

(Ana Unzurrunzaga)